

La invención de la experiencia. Adhesión, repetición, transformación y aventura

Carlos Moguillansky

INTRODUCCION

El papel de la imaginación ha sido revisado con amplitud en el terreno de la fantasía y la función creativa. Habría que agregar que la imaginación juega un papel muy importante en la vida cotidiana y que la creatividad tiene una participación central en la acción corriente de una persona. Sobre ellas se sostiene prioritariamente la singularidad de la vida psíquica. La imaginación respeta la realidad psíquica y compensa a favor del deseo la obligada renuncia adaptativa del pensar respecto de la realidad perceptiva. Con ello la ficción asegura que la singularidad personal no caiga en una enajenada adaptación a la realidad y paradójicamente resulta un importante recurso aloplástico. La elaboración psíquica es un terreno de transacción entre las tensiones que imponen ambas realidades. Allí se aúnan las tareas del pensar y de la imaginación. La singularidad personal cabalga sobre la ficción histórica y ordena los hechos según la doble influencia de las evidencias perceptivas y del deseo inconsciente. La experiencia inventa y se inventa. El fracaso de esta tarea impide construir una ficción singular y el individuo sólo puede consolarse con el consumo de ficciones ajenas, proporcionadas por personas que han tenido la valentía o la locura suficientes para arriesgar su libra de carne en esa empresa. La ficción se ofrece como una invención que liga los elementos dispersos de la realidad exterior junto a los de la realidad psíquica, contiene el dolor y la incertidumbre que esa situación genera y sienta la base para adoptar una decisión personal. La trama singular de la ficción contrasta con el uniforme emblemático de la adhesión a una cultura envasada. Vivir supone inventar;

inventar supone arriesgarse en un terreno desconocido y para ello sólo se cuenta con una ficción que incluya al sujeto como su autor. Los términos del subtítulo definen las cuatro estaciones del desarrollo adolescente que incluye: la adhesión a emblemas preformados, la repetición de las vivencias personales, su eventual transformación elaborativa y/o su caída en un desenlace aventurero, tan fecundo como impensado.

1. ANTECEDENTES. LA MISMIIDAD

Las identificaciones en el Yo generan la síntesis ilusoria de una vivencia de mismidad en el presente y en la historia personal. Retroactivamente, ordenan entre sí las experiencias heterogéneas e hilvanan los hechos en una saga. Cualquiera sea el cambio que experimente el Yo, encuentra su lugar en esa unidad. Aun la ruptura de la experiencia se inscribe como una grieta que, en su excepción, ratifica esa continuidad. La historia se escribe en el presente y mantiene sin fisuras una versión coherente. La identidad y la vivencia de mismidad son el resultado de una gestión del Yo para preservar su unidad narcisista. El Yo redacta su historia con recuerdos conscientes y aptos para el sostén de una narración. Por el contrario, el Yo no suele ser consciente de la distorsión que impone al realizar esta composición. Convive con esa contradicción y cree en su continuidad y mismidad. Esa identidad pierde contacto con la espontaneidad si sostiene prioritariamente la adhesión a ídolos y emblemas que ofrecen un modelo o un exoesqueleto. El uniforme conjunto de creencias, opiniones, identificaciones y patrones de respuesta otorga a la adhesión un amplio margen de seguridad y previsibilidad. A pesar de la restricción de la libertad en su respuesta, la socialización y la cohesión grupal que genera dan eficacia a su papel defensivo.

La mismidad tiene otra fuente que proviene del automatismo de repetición. Su naturaleza es compleja e implica la presencia de al menos dos elementos:

a) Representaciones repetidas que siguen una ilación transferencial y b) una narración mítica que ordena y conjuga esos elementos en una trama discursiva.

El automatismo repetitivo no es consciente. Una vivencia nunca se repite plenamente en la práctica, pero en cada una de ellas hay un elemento invariable que la relaciona con la historia previa. La

repetición de un elemento invariable da significado a los hechos vividos y contribuye a conjugarlos con el resto de la experiencia. La repetición nunca lo es todo, pero está en cada experiencia psíquica. Así se asegura que cada nueva vivencia se ligue con las significaciones y manifestaciones de la persona y se ordene en la continuidad de la trama personal. En cada nueva vivencia la repetición de lo invariante se combina con la transformación de los elementos que varían y ganan nuevos significados en cada repique de experiencia. Salvo en casos extremos, toda repetición es una transformación y toda transformación contiene una repetición.

Lo singular de la propia experiencia, más allá de sus distorsiones, *da un punto de asidero de naturaleza transferencial* que liga y unifica en un recorrido mítico el sinfín de vivencias dispersas. El valor defensivo de los recuerdos encubridores y el rol resistencial de la identificación podrían hacernos caer en un relativismo. Si el psicoanálisis no cayó en un subjetivismo ciego es porque junto a estas deformaciones la experiencia subjetiva da un reparo que las fija a una singularidad definida. Hay un límite que define un rango de las atribuciones posibles y eso vale también para el interjuego proyectivo. Umberto Eco, en su estudio sobre la interpretación (U. Eco, 1998), distingue un límite entre las atribuciones e interpretaciones que resultan posibles y las que resultan locas o disparatadas.

La identidad producida en el Yo es una creencia; el Yo cree ser el mismo siempre. La supuesta unidad inalterada de la experiencia contrasta con las multifacéticas imágenes y versiones históricas renovadamente modificadas. Nada hay en el Yo que sea inmutable o idéntico. El Yo se repone de situaciones que lo conmueven y altera su forma mientras sostiene la ficción en la que sigue siendo el mismo. El estudio de la continuidad de la experiencia tuvo un gran desarrollo en la obra de P. Aulagnier (1991). Ella postuló que un grupo de marcas y huellas mnésicas son un “fondo de memoria” y un punto de partida de series de identificados y de matrices relacionales. La naturaleza de las huellas no es clara pues su función postulada trasciende las posibilidades de la memoria e incluye una actividad simbólica y narrativa. Aulagnier les da el valor de un hilo conductor capaz de sintetizar en una unidad histórica la totalidad de las experiencias del individuo.

La mismidad tiene límite y no da ingreso a toda la experiencia. Ese límite está en relación con la distancia que surge entre la vivencia nueva y las experiencias previas. La mismidad contribuye al sentimiento de

continuidad vivencial, un tema estudiado por Winnicott y sus seguidores. Cuando una vivencia no consigue ser referida a la historia previa no se acumula como experiencia, queda como una memoria prendida con alfileres o se pierde irremediabilmente. Ese fracaso produce trastornos que pueden agruparse dentro de las dificultades para la síntesis o dentro de las fallas ambientales para proveer el ambiente facilitador. En cualquier caso, hay un fracaso para acumular experiencia y la continuidad vivencial no se configura (Winnicott, 1951,1958). Un paciente trae el cuaderno donde registra sus sueños por temor a “que éstos se le pierdan”. Su temor tiene relación con su dificultad para ser espontáneo en su búsqueda de significados personales, lo que compensa copiando actitudes ajenas. En su mimetismo su experiencia no se memoriza por su falta de significado y con su actitud coleccionista busca remediar la falta del hilván de memoria que brinda la espontánea búsqueda de un sentido personal en la experiencia corriente de la vida.

2. LA REPETICION

Los indicios para reconocer un hecho como impregnado de un sentido propio, de verdad personal, son difíciles de precisar. Están fuera del campo de las imágenes y no tienen representación nítida. Sin embargo al experimentarlos no se duda en reconocerlos como un elemento distintivo. Actuando por fuera del Yo, la repetición brinda evidencias que son el punto de asidero para que los juicios de identidad y atribución reconozcan a una vivencia como propia y la doten de significado personal. Por esta razón Freud vio el registro de la vivencia de satisfacción como una base del juicio de realidad, pues ese registro le permite a alguien distinguir si algo que ha vivido fue real o no. La negación de la realidad psíquica arrasa ese registro primario y permite que algo sea adoptado como real a pesar de su falta de concordancia con el mismo, como sucede en la adicción o en la experiencia anónima. En ellas, el objeto adictivo se propone como un falso pretendiente que intenta reemplazar al objeto anhelado, lo que configura una vía anómala que sortea a la repetición.

La repetición da un elemento que, en los recuerdos imprecisos en apariencia, transmite una gran convicción y autenticidad. Una viñeta ilustra lo que deseo evocar. Un joven con una larga historia de migraciones recientemente perdió a su padre. En el curso de su duelo

tuvo el siguiente sueño: “*estaba en el subte, debía introducir cospeles en un dispositivo de porcelana que parecía un inodoro alto. La ranura estaba obstruida por una cantidad de monedas extranjeras. El lugar para recuperar los cospeles estaba sucio con agua, quizás orina. Por allí salían esas monedas. Finalmente se liberaba la obstrucción y salía un montón de papeles, colillas de cigarrillo y monedas. Al subir al subte, debía pasar por un lugar estrecho que estaba ocupado por un hombre sin una pierna. Me costaba decirle que se corra o él me miraba con actitud de no poder hacerlo. Pasaba por otro lugar y veía que él se corría sin dificultad*”. Sus asociaciones lo llevaron a recordar incidentes en los que la actitud de moverse y transitar estaba en tensión con obstruir. El personaje que había perdido una pierna evocaba su reciente pérdida y su necesidad de ser reconocido en su dificultad para abandonar esa posición. De igual modo su dificultad para pedirle que se corra evocaba su preocupación por sentir poca piedad con su dolor y su pena. Lo más interesante del sueño fue para él la presencia de esas monedas puestas por error o una suerte de moneda falsa usada como impostura, para reemplazar el cospel. Esas monedas le recordaban sus migraciones, las distintas monedas de su vida y el valor defensivo de estar en un lugar distinto o usar otra moneda para evitar el contacto con sus pérdidas. La sorda discusión con el inválido era una tensa evocación de su propia discusión consigo mismo sobre seguir con su vida o abandonarse a una quieta actitud de auto indulgencia. Esto último lo aterraba y le recordaba un incidente con un vecino medio loco que gritaba sus penas semidesnudo. La idea de la impostura y la referencia a las monedas le daba a él la impresión de algo que él sabía que era muy propio de él, aunque estuviera evocado por algo tan ajeno a uno como es el dinero. “¿Se puede tirar algo valioso sabiendo que ya no sirve más?” El estaba relatando algo muy personal e íntimo y al mismo tiempo muy difícil de comunicar. El no podía precisar por qué o en qué esas monedas representaban algo tan propio de él. El recordaba con una mezcla de dolor y nostalgia “un juego infantil en el que me divertía de pibe cuando estaba solo, averiguando las equivalencias entre ellas, luego tirándolas y recuperándolas si caían en un rincón...” Estaba claro que era mejor que yo callara y que ambos debíamos respetar esa ambigüedad y dar libertad a que circule lo que había estado obstruido para dar mayor cabida a su naciente autenticidad.

La recuperación de lo singular y el encuentro consigo mismo tiene un término indefinible que este joven intentó localizar en esas monedas. Aunque él y yo sentimos que ellas eran un término

evocativo de algo sin imagen, profundo, entrañable y de gran fuerza emocional. No parecía necesario hacer más precisiones al respecto, salvo ese gesto de reconocimiento de su singularidad. Hacía falta dar lugar. Cualquier otro intento le habría quitado parte de su cualidad personal o herido un punto sensible de su intimidad. La actitud de no interpretar puede resultar polémica. Sin embargo, coincido con las ideas de Speziale-Bagliacca que sostiene que: “Considerar la capacidad de contener de la ‘mente’ del analista como un factor de transformación quizás desorienta si no se aclara que *función contenedora e interpretación constituyen un sistema único*, de modo que si uno de estos factores es insuficiente el cambio psíquico resultará comprometido o incompleto” (comillas y cursiva en el original de Speziale-Bagliacca, 1982, 1988)

La repetición obra por fuera del Yo, pero ambos términos operan en conjunto y sólo un estudio de detalle puede distinguirlos. Cada factor actúa en un lugar diferente. La importancia de la repetición en la construcción del sentido de autenticidad estriba en que da base al juicio de realidad. Sobre ello, el Yo aporta su síntesis retroactiva y asegura un sentido de continuidad. Freud señaló la importancia de la identidad entre las huellas originales de la memoria y el objeto nuevo que se presenta ante el Yo (Freud, 1895). Ese tema reaparece en “Tres ensayos de una teoría sexual” y figura en la frase: “el hallazgo del objeto es un reencuentro” (Freud, 1905). Esa huella es la marca con la que se orienta la exploración del mundo. Si una vivencia actual la evoca, ella testimonia de esa singularidad y origina la certeza emocional de que esa vivencia forma parte de la historia propia. Las monedas de este joven constituyen un hito, en el sentido en que marcan un punto de su reencuentro consigo mismo y con un eslabón de su historia afectiva. El enlace afectivo que enhebra a esas memorias y a esos objetos da un clima de autenticidad y de sentido personal de la vida. El reencuentro con el objeto describe la reaparición de una vivencia pasada, pero también se trata de una evocación hecha por la memoria. Se comprende un hecho actual usando la preconcepción de significados del pasado. El presente adopta el significado atribuido por la preconcepción convocada para otorgarlo. Este enlace es de ida y de vuelta y es en todo similar al enlace que se produce en la transferencia. En la viñeta, las monedas eslabonan la pérdida actual con las pérdidas vividas en el pasado, dando un sentido peculiar a cada una a partir de la *mutua resonancia* que se produce entre ellas.

El sentido surge de la resonancia entre hechos no idénticos. La resonancia surge tanto en la identidad de percepción como en el reconocimiento realista de un objeto. La persona que experimenta los hechos juega un rol activo e intenta ubicarse como un actor –agente o paciente– de la escena. La experiencia gana un sentido a partir del valor que adquiere esa relación. La singularidad es posible si el significado de la historia gana un valor transferencial. Si el objeto evoca la vivencia de un hecho del pasado, la memoria da autenticidad al hecho presente y sienta la base inconsciente para que el Yo redacte la historia. La repetición define una insistencia invariable que se enriquece y transforma en cada repique de la experiencia, y en la que de igual modo y por esa razón, se aproxima al reconocimiento de la radical imposibilidad de su variación total.

3. ADHESION Y FUNCION CONTINENTE

Es útil descentrar a la identificación, como un fenómeno que acontece en el Yo, de las referencias simbólicas que definen los vínculos de alianza y filiación en una genealogía familiar. Sin esa diferencia, la identificación resulta un término ambiguo con el que se explican hechos que son heterogéneos entre sí, en un conjunto donde se mezclan hechos imaginarios y simbólicos. Distinguir entre la adhesión –donde predomina el uniformismo y la imitación– y la función continente simbólica ejercida por un semejante aporta claridad a este respecto. En primer lugar, en la *adhesión* el Yo establece una identidad entre él mismo y hechos diversos adoptando emblemas y siguiendo una prescripción muy detallada de usos, conductas, reglas, hermandades y ajenos. La adhesión incorpora hechos en una imagen única del Yo, compuesta por un calidoscopio de innumerables identificaciones enhebradas en una historia llena de omisiones y distorsiones con la que se construye la autoimagen. La *contención* actúa por fuera de la identificación y define una referencia de naturaleza simbólica entre semejantes, distribuyendo roles y funciones. La identificación es un desenlace segundo que se precipita sobre ese engrama simbólico que la antecede.

El concepto de adhesión es un desarrollo de la noción de adhesividad. H. Deutsch; J. Bleger y finalmente E. Bick y D. Meltzer describieron el amoldamiento obediente a un orden ajeno, que prevalece sobre el respeto por la propia espontaneidad. Las estrate-

gias adhesivas atropellan groseramente el origen personal de la experiencia. Estos autores han dado en diferentes contextos ilustraciones clínicas muy convincentes de esta constelación. Una de ellas está expuesta con claridad en la idea de “una segunda piel” que E. Bick (1970) define en su texto sobre la experiencia temprana. En ese texto hay un concepto tácito que contrasta con el de la segunda piel. La “primera piel” alude a la constitución de un sujeto singular inmerso en la experiencia temprana con la madre. La experiencia de esta “primera piel” no es adhesiva, a diferencia de lo que ocurre con la “segunda”. En ella no hay una adhesión superficial a una función ni a una actividad ni a un objeto. En esta situación temprana la madre desarrolla con éxito una función que *contiene* la experiencia de su bebé y da referencias a cada una de sus manifestaciones, lo que culmina en la formación de un Yo. La idea de Yo es un punto de reparo teórico que decide lo que es interno (singular) del niño y aquello que le es externo (o mejor aún, ajeno a él). E. Bick realiza una distinción importante entre dos resultados estructurales distintos. La segunda piel es un modo protésico, una configuración anómala que remeda el funcionamiento de la primera piel sin lograrlo del todo, pues no consigue ni la singularidad ni la autonomía que ésta logra regularmente.

Definir la primera piel como una identificación con la función materna sería discutible, si con ello se engloba en la noción de identificación a lo que en realidad es una estructura más compleja que incluye presentaciones del Yo junto a relaciones simbólicas. La primera piel puede ser sustituida por la contención, pues en su intimidad incluye varias relaciones simbólicas. Estas son:

- a) la referencia entre una o más vivencias y un bebé que las disfruta o padece y
- b) una relación de filiación entre un bebé y su madre (sus padres).

Estas referencias entre el bebé con sus vivencias y sus vínculos de alianza y filiación son identidades entre dos o más hechos. Son el resultado de juicios de atribución sobre él y sus vivencias y sobre las relaciones vinculares entre él y su familia. Estas ecuaciones se ganan en la experiencia compartida en la que se transmiten continuidades, permutaciones, encuentros y hallazgos que configuran una escena cotidiana familiar con algunas invariantes, tengan éstas la forma de reglas o de personajes. Estas invariantes son sostenidas y se transmiten dentro del vínculo humano que cría al niño. Participan en ese proceso dos funciones claves:

- a) una *función de contención* de la experiencia caótica infantil a la que traduce en hechos definidos y comunicables y
- b) una *función referencial* que define quien es quien en esa experiencia.

La contención y la función referencial no son ni funcionan como una identificación y requieren el ejercicio de un código simbólico. Las identificaciones que participan en esa distribución de lugares deben distinguirse de la referencia simbólica que las distribuye; para el caso, las versiones del padre y del hijo del vínculo parento filial que los refiere y define los lugares que cada uno ocupa. E. Bick señala que la adhesividad reemplaza la contención temprana cuando ésta falla. Se puede agregar que esto no sólo ocurre en el caso de una falla severa y que observamos la adhesión en la vida corriente. El uso de un instrumento es una función que carece de imagen y está sostenida por reglas simbólicas. No es necesario incluir en ella a la identificación, aunque ésta participe secundariamente. Sin embargo, cuando vemos los mismos hechos desde el ángulo que brinda la identificación, vemos que *el Yo se ofrece como una identidad, como un ente que realiza esa función.* En ese caso, el Yo se refiere retroactivamente a esa vivencia y da una autoimagen que lo ubica como autor de la misma.

El Yo crea la creencia de ser *un actor que se ha anticipado* a esa experiencia. De ese modo queda lejos de la realidad práctica de ser un resultado, una vez que esa experiencia ya se realizó. Esa pirueta retroactiva del Yo al componer una versión de sí es lo que define su modo adhesivo de “ser”. Ejercer la vida es distinto del modo reflexivo de verse ejerciéndola. Ejercer es un verbo, es una acción práctica que tiene reglas, las reglas del buen hacer. La reflexión es un hecho posterior en el que alguien *se ve* haciendo esa acción y su resultado es una autoimagen que viene en un momento segundo respecto de la acción que fue primera. *Esta distinción no es banal y diferencia una versión psicológica o empírica del Yo –un ente que realiza mecánicamente funciones– de la versión del Yo como una instancia tópica,* como es pensado en la teoría psicoanalítica. El Yo se ubica ilusoriamente como “ya habiendo estado” desde el principio. Está claro que hay dos modos de considerar un acto psíquico, según se lo centre en el Yo o se considere el funcionamiento psíquico global, del que la identificación es sólo una parte. Esos dos modos de sostener una acción sostienen fantasías con las consecuencias que

podemos observar. Si la autoimagen valida y sostiene la acción, los elementos que la definen como una identidad adquieren importancia y *la fantasía privilegia el uniforme, el acatamiento a las reglas explícitas de pertenencia, etc.* Lo que definimos como adhesión a un conjunto que define un modo de “ser”. Si lo que sostiene la acción son reglas simbólicas, éstas valen más allá del sostén o la pertenencia que un grupo les da, lo que genera una gestión con una independencia y libertad que están ausentes en la adhesión. Se deducen dos fuentes de ser: la primera, aportada por la “primera piel”, que ejerce una iniciativa subjetiva con reglas simbólicas de contención y de referencia, y la segunda, aportada por la “segunda piel”, con su modo adhesivo de ser imitando *un modo ajeno al que aspira a pertenecer, que funda retroactivamente una identidad del Yo.*

D. Meltzer estudió el mecanismo introyectivo y distinguió en la introyección a un proceso reversible de la proyección, pero reservó a la identificación introyectiva el rol de un mecanismo específico que define una relación de dependencia emocional filial con el objeto combinado. Algo lo lleva a hacer esa salvedad. Ni la teoría de la identificación ni la de la introyección por sí solas ofrecen una solución para describir lo que él advirtió, esto es, el acto simbólico que opera allí. La función simbólica de la identificación introyectiva es una función que es externa a la identificación, más allá de que ésta última participe en su confección. La identificación es segunda en relación al simbolismo y se limita a ocupar la casilla provista por la referencia simbólica que arma esa genealogía, aunque ofrezca un engañoso primer plano.

Los padres inscriben a su bebé en una serie de relaciones: como alguien para su pecho, para su cuidado, para su atención, para su singular manera de tratar a un niño, con sus buenos y sus malos tratos, sus ritmos, sus tiempos, premuras y dilaciones; sus modos de estar con el niño. Estas referencias trascienden lo que una identificación puede conjugar en sí misma. Refieren distintos modos de pertenecer, de responder, de ordenar y hasta de exigir. Las identificaciones mutuas de los padres y del niño se articulan como fotos en el complejo árbol genealógico que les dicta sus modos de participar. Ese árbol de referencias no tiene la estructura de la identificación, pero su trama simbólica permite que las identificaciones se ubiquen y se articulen entre sí.

E. Bick muestra las anomalías que son inevitables cuando la identificación sustituye fallida y concretamente la función que cum-

ple el simbolismo. La identificación no genera ni la contención emocional ni la referencia que realiza éste. Sólo puede remedar esa compleja función como una torpe imitación. La tarea defensiva del narcisismo cubre con identificaciones la trama simbólica que sostiene una subjetividad, cuya naturaleza es ajena al Yo –las bases inconscientes del pensar, de la motivación, de la afectividad, etc. El Yo controla la creatividad y aún puede inhibirla llegado el caso, pero no es capaz de reemplazar con éxito el rol del inconsciente en la actividad creativa. La importancia de la espontaneidad en la creatividad permite la distinción entre la vida emocional y su copia mimética. La adhesión es algo más que una patología de la identificación, es un elemento central de la tarea defensiva del Yo y participa en mayor o menor grado cada vez que la identificación cosifica en una imagen –una cosa– a una actividad regida simbólicamente. La pseudo emoción mimética no es un funcionamiento anormal del Yo, pues eso prejuzga que el Yo puede funcionar bien en ese terreno. Se trata de la usurpación ilusoria del Yo de un proceso complejo que rebasa su capacidad y supone una acción psíquica global.

El Yo se ofrece como una anticipación que en un mismo lugar tópico “es lo que hace y hace lo que es”. La unidad artificial de ser y hacer omite ilusoriamente la barra de lo inconsciente. Es el resultado del rol defensivo del narcisismo que unifica lo disperso y da una historia causal. La adhesión es conservadora, privilegia lo conocido por sobre la experiencia incierta y aventurera que implica el trato con hechos nuevos. La adhesión se distingue de la fijación a objetos, a personas, a patrones de gratificación y de sufrimiento que describió Freud como viscosidad libidinal. Esa distinción tiene un fundamento tópico, pues la adhesión ocurre en el Yo y la fijación en lo inconsciente.

La homologación del Yo entre “ser” y “usar” impide la espontaneidad. En la adhesión se usa y se hace como una forma de pertenecer. El uniforme que se obtiene de ese modo da consistencia a través del sostén externo de slogans y emblemas. Los modos de identificarse de las tribus urbanas y la importancia que adquieren sus atuendos y sus emblemas son un exoesqueleto identitario que sostiene en cada miembro, a través del uso y el hacer, una *Weltanschauung* del mundo adolescente. La rebeldía adolescente encuentra en esos ideales una vía paradójica de expresión. Con ellos se diferencia del ideal adulto del que quiere segregarse. Al mismo tiempo encuentra en ellos una precisa y definida prescripción de conductas, valores y emblemas, tan precisa y definida como el mundo infantil del que quiere emerger.

Por esta razón, si bien la rebeldía está presente en la adolescencia, sólo es una expresión del papel defensivo del narcisismo y conviene reservar las nociones de subversión y aventura para definir la naturaleza transformadora de la metamorfosis adolescente.

El sostén simbólico ofrece una autonomía y una profundidad que redundan en el ejercicio de una mayor libertad y responsabilidad. Hay diferencias entre ser miembro de una tribu urbana, depender del sostén de emblemas que prescriben la conducta y el modo de ver la vida y ser alguien con capacidad de elegir, aunque esa elección recaiga en ser un miembro de esa misma tribu urbana. Cada opción en esos jóvenes mostrará distinta plasticidad y libertad. Aunque ambos critiquen las mismas cosas del mundo adulto, uno tendrá una rebeldía monótona y el otro tendrá una independencia de criterio que lo diferenciará tanto del mundo adulto como de la tribu a la que quiere pertenecer.

La genealogía es una relación simbólica entre un individuo y su origen. Esta puede ser real o mítica. La identificación tiene el valor de un ícono que evoca la referencia de ser de alguien con su modelo. La necesaria distinción entre el ícono y su genealogía simbólica es concretizada por la adhesión; y la identificación reemplaza a la genealogía. La adhesión es una vía anómala de la genealogía. De ese modo el Yo es contrabandeado a un lugar simbólico al que no pertenece. La genealogía no es entre el Yo y sus modelos sino entre el sujeto y sus marcas. Desde esa eficacia simbólica la genealogía gesta lo que luego se hilvana como una cualidad singular en la sucesión de la experiencia.

En la adhesión, el modo obediente de ver la vida puede desembocar en una actividad adictiva. La combinación de adhesión y adictividad se asocia a un incremento de las defensas maníacas. Es una defensa que evita el contacto espontáneo; se manifiesta en la vida cotidiana en el uso adictivo de objetos corrientes y en su grado extremo niega la realidad psíquica. El uso adictivo de la palabra le quita su carácter de un instrumento que comunica una experiencia personal. La adicción usa las ideas y las palabras, al igual que otros objetos, como un uniforme consensual concreto que protege del riesgo de la difusión de identidad. El escotoma perceptivo de la adhesión adictiva a creencias proselitistas descarta toda posible exploración neutral de la realidad. Ese recorte del mundo exterior es espejo de un escotoma de la realidad psíquica que descarta toda referencia a una inquietud o iniciativa personal. Su resultado se vive como futilidad, en la

medida en que lo singular de la persona falta a su lugar de vertebrar una experiencia. El contacto superficial es su cualidad distintiva. La desmentida contribuye a sostener un anonimato encubierto, lo que suele ser un signo distintivo de las defensas maníacas. La combinación de adhesión y adictividad se ha descrito en configuraciones psicopatológicas muy distintas y no parece ser una cualidad prioritaria de alguna en especial. Finalmente, el abordaje analítico de estos cuadros es particularmente difícil pues la apelación a una referencia externa como principal asidero del ser evita la singularidad característica de la transferencia.

4. REPETICION. TRANSFERENCIA Y TRANSFORMACION

La repetición es la reiterada aparición de aquello que no varía ni se pierde del pasado en cada manifestación actual de la vida psíquica. Las inscripciones de la memoria son invariables. Sobre ellas el Yo historiador arma un relato donde reaparece la distorsión de una exigencia de “ser” del Yo, al servicio de una ficción adhesiva de identidad. La distorsión que impone el Yo está en tensión con el respeto por los recuerdos que hacen propia a una historia en particular. Lo singular es provisto por la repetición y resiste a la tendencia del Yo a unir los hechos en un conjunto coherente. Entre esos dos “modos de ser”, el conflicto entre la singularidad y la defensa narcisista despliega un punto de gran interés para el estudio de la transferencia psicoanalítica.

El estudio de la transferencia muestra que la repetición tiene puntos de contacto con la transformación (W. Bion, 1972).¹ La repetición es en esencia un modo automático de experiencia. La teoría freudiana (Freud, 1920) describe a la repetición como la búsqueda de una ligadura, de una referencia de significación para un acontecimiento traumático que aún no forma parte de una historia posible. Esa ganancia de significado a la que tiende la repetición es su segunda cualidad, ya no tan automática. Cada reiteración de lo traumático se realiza en un tiempo y un contexto distintos en el que se experimentan nuevos sentidos y versiones. Llegado el caso, lo repetido encuentra su articulación con un mito que lo contiene y, mediante él, ingresa en el comercio asociativo de la significación

¹ Se usa el concepto tal como fue trabajado en *Transformaciones* por Bion.

psíquica. El punto de inflexión entre la repetición automática y la ganancia de significado es la frontera entre el más allá y el más acá del Principio del placer.

La repetición participa en la transferencia. Su rol allí tiene otra naturaleza. La idea del reencuentro con el objeto adelanta que la repetición es necesaria para que la singularidad personal se despliegue en el significado de la transferencia. La transferencia *transforma* y explora todas las posibles variantes y combinatorias de un cliché formal. *El cliché incluye la idea de un complejo repetitivo, en tanto es un conjunto de personajes en un vínculo dramático que permutan sus posiciones y relaciones en las transformaciones que, una y otra vez, sucesivamente la transferencia puede adoptar.* En ese sentido se trata de una repetición exitosa que usa y se refiere a las marcas de memoria que fundan la historia. La transformación transferencial gana significado en cada repique de la experiencia, liga y explora cada combinación de sus vivencias y da otra perspectiva en cada paso. Aunque eventualmente lo sea, no siempre su naturaleza es resistencial. El juego infantil ilustra un modelo de la elaboración en la repetición transferencial.

En resumen, la repetición tiene dos formas: a) la repetición traumática es una compulsión inevitable que busca ligar un hecho sin sentido a una trama de significaciones; b) la repetición de transferencia permuta el lugar de los significados en busca de nuevas versiones que la experiencia transferencial agrega sobre el nudo invariado del cliché. En última instancia ambas comparten un punto central en común; el acto repetido resulta ajeno a la comprensión en una suerte de ciego, enigmático y tozudo automatismo. ¿Qué se repite? La extraordinaria intuición freudiana de “Más allá...” (1920) dio dos pistas con recorridos posibles muy diferentes, según el significado prevalente que se diera a la tesis del instinto de muerte: como sadismo y como tendencia a la pérdida de complejidad. Aquí discutiré el segundo sentido que centra el conflicto psíquico en el par complejidad-lisis.

La presencia-ausencia y la pérdida-ganancia de complejidad pueden pensarse como tendencias que van del sentido al sinsentido y viceversa y de funciones que quitan o agregan sentido. La alternancia entre ellas permite explorar tanto la significación excesiva, que dio pie al estudio de las representaciones hiperintensas en la primera tópica (Freud, 1895) como enfrentar el enigma de la insistencia del sinsentido. La repetición traumática muestra la insistencia de un hecho sin

sentido y su articulación en la significación psíquica del más acá del Principio del placer ¿Se puede pensar que la tarea de lidiar con el sinsentido no termina allí? ¿Que ésta se desarrolla luego como un trabajo de significación transferencial que intenta contenerlo y desplegarlo? Freud abordó inicialmente la elaboración psíquica como la búsqueda de un cauce elaborativo para las representaciones hiperintensas. Sin embargo, en 1920 agrega que la elaboración onírica y el trabajo psíquico general incluyen además la resolución de un ingrediente traumático (Freud, 1920). *¿Encontramos en la transferencia sólo una representación que se repite por su hiperintensidad o encontramos además un sinsentido que busca un significado pleno y definido, sin lograrlo nunca cabalmente?* Esta pregunta quizás no sea tan polarizada pues en la práctica analítica ambas situaciones tienden a presentarse en conjunto.

Tanto la significación excesiva como la falta de sentido demandan contención, como un primer paso en el trabajo de la significación. Ambos casos, el exceso y el defecto son una cuestión que escapa y altera la génesis de cualidad. El exceso de significación cae por fuera de las diferencias de significado y su intensidad fuerza al uso de la defensa; el defecto de significación del sinsentido está igualmente por fuera de las diferencias de significado y su carácter negativo respecto de la significación lo ubica “más allá” del área de la cualidad. *La tarea de dar significado se pasma por igual ante el sinsentido y la hiperintensidad.* El psiquismo genera cualidad y complejidad como respuesta para lo que se presenta como intensidad. Dentro de cierto rango responde a la cantidad: inscribiendo, transformando y generando complejidad. En eso radica su función semántica: trasducir,² transcribir o transformar una información, cualquiera sea su naturaleza, en una diferencia de significado: a) si la información consiste en un defecto de significación, ese sinsentido genera un desarrollo de la significación que lo contenga y despliegue; b) si en cambio se trata de un exceso de significación, ese exceso demanda ser contenido y transformado con una ganancia de complejidad. Estas dos tareas se resuelven en conjunto y, salvo casos extremos, es difícil discernir dónde empieza una y termina la otra. La motivación encuentra en este terreno una nueva fuente, que en este caso ya no sería pulsional, en

² Uso trasducir como un fenómeno que produce un cambio de estado, en este caso no sería tanto un cambio en la naturaleza de la energía (cual es su sentido original) sino un cambio en la naturaleza de la información.

tanto la espontaneidad se puede entender ya no sólo como la respuesta a una pulsión, sino también como una actitud elaborativa que busca una plenitud de significación sobre un trasfondo de falta de sentido.

Ambas repeticiones están afectadas por la falta de significación. La primera estabiliza un significado en un mito que contiene el sinsentido. La transferencia en cambio se desarrolla en una espiral de creciente complejidad en torno a la escena mítica que ya ordenó los hechos en una conjunción constante. El mito le da a la persona un lugar de personaje en la escena. Luego, *la repetición transferencial permuta ese lugar en todas las variantes dramáticas que la escena puede producir. La reiteración es forzada a ser infinita en tanto un elemento de sinsentido exige la renovada puesta en significación de ese cliché.* La transferencia busca en su repetición resolver el sinsentido, pero es una transformación que ancla ese significado a la singularidad personal de la experiencia ya vivida. Esa limitación distingue a la vida psíquica de una narración literaria y a la interpretación de un mero aporte sugestivo.

El mito pacifica el desorden emocional y da una estructura narrativa. La misma es la base posible para una transformación ulterior. La potencia disruptiva de la repetición encuentra en ese discurso una contención. El mito se ofrece como una travesía simbólica, una historia y una escena que incluyen los términos dispersos de la repetición en una trama que los ordena, les da un lugar y una referencia. La memoria realiza algo más que una evocación del pasado en un acto de memoria. La transferencia testimonia esta necesidad. Ella es una rememoración fallida que actúa una escena que el paciente no puede evocar como tal en su relato de los hechos. Ese fallo está a la espera de un acto superador, que contenga lo que es evitado defensivamente. *La interpretación de ese fallo debe agregar contención a su trabajo central de develamiento.* Sin ello, el develamiento fracasa en su intención y deviene un mero acto de enseñanza o adoctrinamiento del paciente en las teorías del analista.

La transferencia no rememora una mera copia del pasado. A través de ella el paciente va hacia el pasado y hacia el futuro, y viene de ellos hacia el presente, desarrolla series de significación y genera historias y proyectos futuros que enriquecen la obra abierta de su vida. Inversamente, la interpretación sostiene y desentraña la significación enigmática que preside su despliegue y lo enriquece en nuevas transformaciones. El mito, explícito o tácito en el entre dos de la relación analítica, es un referente simbólico que ordena las remi-

siones de cada una de las sucesivas significaciones al sin-sentido que causa esa insistencia. La transformación es el resultado inevitable de una apertura que si bien no rompe con la repetición, le da una evolución tan expectante como incierta. Aun así, esa apertura da lugar a un entramado entre la genealogía, la espontaneidad y las nuevas experiencias que conmocionan la vida actual. La transformación inicia su recorrido a partir de la imposibilidad de dar sentido al sinsentido. Busca un sentido pleno que llene ese vacío y culmina con el resignado descubrimiento de esa imposibilidad. Aunque ese camino parezca circular, su espiral llega a un punto de retorno de un nivel superador, que se ha enriquecido con cada experiencia de transformación y ha ganado un espesor que sólo puede obtenerse en el curso de una genuina experiencia emocional. Ese punto tiene ahora un clima dolido por el reconocimiento de la pérdida o de la privación que en el inicio resulta insoportada. En la apropiación retroactiva de cada significado, el Yo hace suya a cada una de esas remisiones. Ese es su único y en cierta medida desesperado modo de “ser”. Los automatismos ajenos al Yo espontáneamente repiten y el Yo no hace otra cosa que ser, padecer y asumir retroactivamente a cada uno de ellos. A cambio de ello, se enriquece y da curso a la espontaneidad. De otro modo, si esta “elaboración secundaria”³ falla, el psiquismo se expone a un conflicto que lleva a esa espontaneidad a presentarse como un síntoma, que es vivido como ajeno al Yo.

5. LA AVENTURA. EL HECHO DE SENTIDO. LA EMERGENCIA DE LO INSOPORTADO

La repetición y la transformación actúan dentro del terreno de la memoria. Ambas, a su modo, dan cuenta del impacto que produjo la experiencia en la vida psíquica y son los instrumentos que el psiquismo dispone para comprender su experiencia actual. Repetición y transformación ofrecen un material que es parte de una historia parcialmente escrita y que se reescribe en cada momento. Lo actual participa en el despliegue de la historia: a) como un medio plástico que recibe a lo que insiste como repetición; b) como un factor eficaz que transforma las marcas pasadas y c), como un término que, al

³ Término que alude a la elaboración secundaria onírica que realiza el preconscious según está expuesto por Freud (1900) en “La interpretación de los sueños”.

resonar con los significados ofrecidos por la historia del pasado, crea nuevos sentidos que, para bien o para mal, rompen la continuidad de la experiencia. Repetición, transformación y ruptura de la continuidad de la experiencia son tres facetas que alternan y se complementan en cada acto psíquico. Las tres despliegan un aspecto de la tarea de dar sentido en la vida psíquica, sea ligando su sinsentido, sea generando series de experiencias que permutan lugares y versiones para enriquecer su significado, o dando lugar a la ruptura aventurera en la que la experiencia se precipita.

El sentido es eficaz si marca un momento bisagra desde el que la significación se abre en dos direcciones opuestas. Hacia el pasado genera historias y hacia al futuro genera perspectivas. Ambas series de deseo colman con significado el aspecto negativo del sinsentido, esa falta de sentido que expone a una destitución del Yo y a una radical perplejidad por la falta de comprensión de esa experiencia vivida. Esa emergencia de lo insoportado quiebra la significación y genera un casillero a llenar que es fecundo en su vacío. El efecto de sentido es esencialmente un punto de ausencia de significación. Su emergencia rompe los significados previos y exige que nuevas búsquedas de significación den respuesta y contención a su negatividad. *El (sin)sentido es un hecho que si bien está fuera de la significación no está fuera del lenguaje, es en sí mismo un hecho de lenguaje, sólo posible en seres que ejercen y de alguna manera, padecen al lenguaje.* No se trata de un real. Lo real es un estado de cosas fuera del lenguaje, que exige su localización como designación. El sentido afecta a un sujeto y exige sobre todo una manifestación. *La función continente es el efecto narrativo que logra articular una manifestación a un hecho de sentido. A partir de esa eficacia el mito ganado por esa función continente se ofrecerá como un eje complejo, un cliché, a partir del cual es posible la transformación –a partir de allí, ahora virtual– de la transferencia.*

La manifestación es el modo que define semánticamente al lugar de un agente con deseos, un sujeto que se ubica como un efectuator activo de una acción o aquejado pasivo de un efecto. El sentido se efectúa como un hecho que afecta a un sujeto, en sus roles activos o pasivos. Ese sujeto debe dar una exposición de su carácter de sujeto ante ese hecho que carece de significado y manifestado, pero que aún así lo afecta. Ese efecto de sentido que afecta al sujeto no es un efecto de algo real, sino el resultado de una creación del lenguaje que se realiza por fuera de la significación. Como personas estamos afectados por hechos

reales que designamos o no, simplemente desconocemos o no sospechamos de su existencia. No es ésa la afectación subjetiva que estoy describiendo. Me refiero al efecto de sentido que sufrimos por ser seres parlantes y estar expuestos a la emergencia de hechos de lenguaje, a efectos de sentido que no podemos designar ni manifestar. Ante ellos el lenguaje se pasma y sólo reacciona desarrollando series de manifestaciones que lo articulan con el deseo de un sujeto, o designaciones que lo hacen ingresar en una nomenclatura y significaciones que hacen crecer el acervo semántico. Estas tres evoluciones dan cabida al sinsentido, a eso nuevo que emerge en su seno, como un nuevo hecho de lenguaje.

La manifestación que responde al efecto de sentido es un ejercicio de la subjetividad. Se inserta en las díadas sujeto-objeto o Yo-estados de cosas y se propone como una explicación del padecimiento de su eficacia. Las atribuciones de significación y manifestación más elementales que emergen en ese estado de emergencia semántica son las ficciones subjetivante y objetivante. La ficción subjetivante es una explicación en la que la culpa –en cierto modo artificial– que experimenta el Yo busca resolver la perplejidad consecutiva a un sufrimiento padecido en posición de no Yo, de no sujeto, como mero objeto de un deseo ajeno. El ultraje, la desgracia y el accidente son algunos ejemplos clínicos en los que emerge una culpa enigmática que explica lo padecido en una posición pasiva. En la ficción objetivante, se proyecta esa culpa como un designio maligno que es ejercido por el objeto. La ansiedad, las explicaciones y las emociones culpables y/o paranoides que emergen en esos casos son el modo, en un estado de emergencia psíquica, de encontrar un argumento explicativo a la falta de sentido y a la perpleja incapacidad de dar significado a un hecho que ha sobrepasado las explicaciones a mano. La mitigación de la ansiedad que ofrecen esas argumentaciones permite que luego, en un segundo momento, surjan explicaciones y significaciones con más matices y dotadas de una mayor complejidad emocional.

6. LA AVENTURA

La aventura se opone a la historia en tanto es una experiencia por venir, que se anuncia como una incierta expectativa sobre qué forma tendrá el mundo que se vivirá en ese momento y como una incierta

expectativa sobre cómo se reaccionará en ese caso. Estas dos incertidumbres enmarcan a una tercera, que define al posible sinsentido que podrá emerger sorpresivamente, como premio o castigo a un sujeto que sólo dispone de un ramillete de significaciones para significar y comprender su posible lugar en su mundo.

Quien decide aventurarse no dispone de identificaciones que lo sostengan. La figura del héroe es la ilusión de una identificación transitoria posible, en tanto enmarca un cierto desafío narcisista a un orden establecido, legal o imaginado. Esa rebeldía no logra sin embargo remediar *la inevitable exposición a una incierta subversión tanto de las referencias del Yo como de las historias pasadas del aventurero, abierto como está a una causa inédita cuyas consecuencias no puede medir ni prevenir*. La aventura ofrece un lugar donde lo actual imprime marcas que afectarán las historias de lo ya pasado que se escribirán en el futuro aún no vivido. Produce un cierto vértigo en el Yo en tanto lo expone a ser el personaje cuya historia ya vivida y supuestamente ya escrita para siempre en el pasado será escrita de nuevo en el futuro, según hechos y fórmulas inéditas y aún desconocidas, en tanto aguardan ser vividas. El tiempo no lineal del sentido se pacifica en un relato lineal e histórico que, como una ficción arma una trama que define cada vez un sujeto y un lugar, y que paradójicamente, es un relato que declara ser la supuesta causa empírica de lo que sólo ha sido un efecto discursivo.

BIBLIOGRAFIA

- AULAGNIER, P. "Construir (se) un pasado". En *Psicoanálisis* de APdeBA. Vol. 13, N 3, 1991.
- BICK, E. "La importancia de la piel en las relaciones tempranas de objeto". *Rev. de Psicoanálisis*, 1970. XXII, N°1.
- BION, W. *Transformaciones*. Centro editor, Buenos Aires. 1972.
- BLEGER, J. *Simbiosis y ambigüedad*. Paidós, Bs. As., 1975.
- DELEUZE, G. *La lógica del sentido*. Paidós, Barcelona, 1987.
- DEUTSCH, H. "The as if personality and its relationship with schizophrenia". *Int. Journal of Psychoanalysis*.
- ECO, U. *Los límites de la interpretación*. Lumen. Bs. As. 1998.
- FREUD, S. (1895) Proyecto de una psicología p/ neurólogos. O. C., A. E. Tomo I. Bs. As. 1976.

- (1905) Tres Ensayos para una teoría sexual. *O. C.*, A. E. Bs. As. 1976.
- (1915) Pulsiones y destinos de pulsión. *O. C.*, A. E. Tomo XIV. Bs. As. 1976.
- (1920) Más allá del principio del placer. *O. C.*, A. E. Bs. As. 1976.
- (1925) La negación. *O. C.*, A. E. Tomo XIX. Bs. As. 1976.
- SPEZIALE-BAGLIACCA, R. *La Culpa, Consideraciones sobre el remordimiento, La Venganza*. B. Nueva, Cap. XI. También en Speziale Bagliacca, Roberto. *Colpa, Considerazioni su rimorso, vendetta e responsabilità*. Castrolabio, Roma, 2006. Cap. XI, "Identificazione proiettiva e contenimento".
- WINNICOTT, D. (1951) "Objetos transicionales y fenómenos transicionales". *Realidad y juego*. Granica ed. Bs. As. 1972.
- "Desarrollo emocional primitivo" en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Ed. Laia. 1958.

Carlos Moguillansky
1425 Las Heras 3745, 11° "C"
C1425ATB, Capital Federal
Argentina